

UMA

Carolina Loureiro

Tu nombre es Uma, y significa agua.

Las voces que pasaron entre los más antiguos pueblos de los Andes, y que llegaron hasta los quechuas, cuentan que te hizo Wiracocha. Un día, mientras el Hacedor paseaba por los cerros nevados, vio que de ellos bajaba un finísimo hilo sin color que se perdía entre las grietas de las laderas, para nunca llegar hasta la tierra habitada por la gente.

Entonces, Wiracocha se acercó a ese hilo y soñó su nueva obra. Juntó las manos en forma de cuenco, recogió un poco de aquel líquido y, antes de que se le escurriera entre los dedos, cerró los ojos para darle alma. Cuando los abrió, estabas tú, acunada en sus manos. Eras una niña pequeña, y tu cuerpo, hecho de infinitas gotas, reflejaba la ternura de tu Padre.

Antes de partir, Wiracocha tomó un poco de barro y modeló un cántaro para ti. Amaste ese juguete, que era opaco y del color de la tierra. Tú, con la piel transparente, los ojos de azul celeste y el cabello de nube, tenías los colores del cielo.

Como todas las niñas de los Andes, pronto aprendiste a tejer trenzas con tu pelo. Pero como las tuyas eran de agua, te gustaba llenar el cántaro con ellas.

Las mujeres, que llegaban desde la aldea, te agradecían con sus gestos y ofrendas, porque tú les entregabas ese cántaro repleto para que te lo devolvieran vacío. No sabías que ellas te adoraban. Para ti, todo era un juego.

Con el paso del tiempo, descubriste que tu naturaleza era distinta a la de la gente, y sospechaste que la nube que poblaba el cielo albergaba parte de tu origen.

Entonces, quisiste alcanzarla y saber por qué era igual que tu pelo.

///

///

Sin dudar, cargaste el cántaro y emprendiste el viaje. Con la vista puesta en la cima de los cerros custodios del tiempo y del espacio, comenzaste a ascender por el hilo que esquivaba las quebradas.

A tu paso, la tierra seca despertó semillas, y el camino se pobló de hojas verdes. Pero también el viento mostró su rostro duro y opuso resistencia. Nada fue fácil. Con los días y las noches, el cansancio se amontonó en tus pequeños pies de agua, y estuviste a punto de perder el cántaro. Pero continuaste, sin abandonar tu sueño.

Tras un tiempo que nadie ha medido, llegaste a tu morada nueva. Allí, descubriste de qué estabas hecha y, sintiéndote en casa, te convertiste en una anciana eterna.

Tal vez olvidaste muchas cosas, pero jamás a las mujeres que te saludaban cada mañana con sus ofrendas.

Por eso, aún hoy tejes tus trenzas y sigues llenando el cántaro. Y como en aquel lejano juego, lo inclinas cada tanto para derramar lo que guardas dentro.

Sigues siendo Uma, pero quienes no conocen tu nombre te llaman lluvia.

© Carolina Loureiro

Carolina Loureiro argentina nacida en Córdoba, reside en Bolivia desde 1992. Trabaja en el mundo editorial, en la elaboración de textos escolares y activamente en programas de promoción de la lectura. Escribe poemas y relatos para niños y niñas. Publicó *La sonrisa del Pepino* y *El árbol de Anselmo*.

#SeguimosEducando
#MeQuedoEnCasaALeer
#SomosResponsables

Plan nacional
de lecturas



Ministerio de Educación
Argentina